

Percepciones, usos y prácticas de la calle y de las instituciones

Ruth Pérez López
CEMCA

Introducción

El presente artículo aborda el tema de los niños y jóvenes de la calle, que no solamente utilizan los espacios públicos como fuente de ingresos sino también como lugar de vida permanente. Incluiremos a los mayores de edad debido a que nuestro estudio no se interesa en el niño como categoría social y jurídica, sino en los grupos de jóvenes en los que todos sus miembros son o han sido menores de la calle. Por lo tanto, nos enfocaremos en los jóvenes de 12 a 25 años, que constituyen la población objeto de un trabajo de campo realizado entre los meses de octubre de 2003 y enero de 2005. Los datos que se exponen a continuación han sido recolectados a través de varios métodos de investigación, desde los más clásicos, observación, cuestionarios, entrevistas abiertas y semi-estructuradas, hasta los menos comunes como, por ejemplo, el uso de la fotografía y de los mapas mentales para el análisis del espacio y de las redes sociales.

Según el último censo realizado por la UNICEF y el gobierno del Distrito Federal,¹ 1 825 menores vivían en la calle en 1996. Por otra parte, y de acuerdo con datos proporcionados por el Centro Mexicano para la Filantropía, se contabilizan en esta misma ciudad alrededor de 50 fundaciones de ayuda directa o indirecta a la población de niños callejeros.² Sin embargo,

1. UNICEF y Gobierno del Distrito Federal. *II Censo de los niños y niñas en situación de calle: Ciudad de México*. México: UNICEF, 1996.
2. Incluyendo las Instituciones de Asistencia Privada (IAP) y las Asociaciones Civiles (AC), sin contar las instituciones públicas o programas eclesiásticos (lo que da un promedio de 36.5 niños por cada institución).

aunque estas instituciones les proporcionen hogar, comida, higiene, ayuda médica, formación escolar y profesional, muchos de los niños se resisten a vivir en ellas. Aquí, las preguntas que surgen espontáneamente y que intentaremos contestar en adelante son ¿por qué un niño o adolescente opta por vivir en la calle cuando tiene por alternativa integrarse en una de las muchas instituciones que están a su disposición? ¿Cómo es posible que la calle pueda representar una opción de vida para ellos, cuando la gente, los medios de comunicación, las instituciones y los propios niños califican este espacio de violento y nefasto, en el que son víctimas de diferentes formas de abusos y en donde están sometidos a todo tipo de carencias?

Para proporcionar algunos elementos de respuesta nos vamos a enfocar en la calle como es percibida y vivida por los jóvenes. Mi propósito aquí es destacar, mediante el análisis de sus formas de vida, cómo los jóvenes desarrollan prácticas propias de socialización y optan por la calle, aunque paradójicamente se hayan visto obligados a vivir en este espacio y encuentren dificultades para sobrevivir en él.

La orientación que adoptaremos en este artículo es la del punto de vista del actor que está en condiciones de optar por líneas de acción, tomando en cuenta los recursos que están a su disposición y los límites impuestos por el contexto en el que se desenvuelve. Aquí no se trata de hacer individuos sin coacciones, sino de concebir la estructura social a la manera de Anthony Giddens,³ a la vez coercitiva y formativa. Desde esta perspectiva, abordaremos la cuestión de la autonomía de los jóvenes frente a su entorno, postulando que no son únicamente víctimas sino también actores que intervienen en su medio. Para acercarnos a esta problemática, analizaremos primero lo que representa la calle y las instituciones para estos jóvenes y, enseguida, el uso que hacen de estos espacios. Obviamente, esta investigación, de carácter cualitativo y reducida a unos cuantos grupos e individuos, no pretende ser representativa de la población total, por lo

3. Anthony Giddens. *La constitution de la société. Éléments de la théorie de la structuration*. París: Puf, 1984, p. 75

que se trata más bien de identificar tendencias y no de definir rasgos característicos de los niños y jóvenes de la calle.

Un espacio lucrativo

Antes que todo y frente a las necesidades inmediatas de los jóvenes, la calle representa un recurso económico imprescindible. De acuerdo con los datos obtenidos por encuestas a 85 jóvenes de diferentes zonas de la ciudad de México,⁴ el 51% trabaja como vendedor ambulante, limpiaparabrisas o faquir, pero también ayudando en los puestos de comerciantes. Asimismo, 45% recurre al robo para sobrevivir y 86% se dedica también a la mendicidad. Además, el 9% se prostituye a cambio de dinero o de otra mercancía codiciada. Los ingresos son muy variables ya que dependen de la actividad desarrollada, de la edad del niño y de sus habilidades para reconocer fuentes de ingresos potenciales. Éstos suelen oscilar entre 30 y 350 pesos por día.

Si por decir, sí soy chiquito y ahora le pido a esa gente te apuesto a que sí que me dan, si estuviera chico... No pues ahora ya no, es difícil ahora que te den, fíjate, el 'Esponjita' en una hora ya tiene 100, 150, nada más debajo de la taquilla ... Yo he visto porque... se da una vuelta en el mercado y si le echa ganas saca 200 pesos, o... 150. Ahorita, pero ya nada más que crezca... yo no manches sólo saco 60, 70 pesos. (David, 15 años, zona de Niños Héroes).

En la calle, los recursos que les permiten subsistir son muy variados. Los jóvenes son testigos de la facilidad para sobrevivir en ella:

La neta, el que se muere de hambre en la calle es por pendejo. En cualquier lado obtengo comida, si ahora voy a la esquina de ahí, la neta me toca comida. En cualquier lado sobrevives. (Leonardo, 18 años, zona de Santa Anita)

Las actividades económicas les permiten, además, adquirir cierta autonomía, elemento fuertemente

4. Realizadas por la autora, Mario Díaz Domínguez e Irene Pochetti, asistentes de investigación, en las zonas de Buenavista, Excélsior, Indios Verdes, José Martí, La Raza, Niños Héroes, Plaza del Estudiante, Santa Anita y Zarco.

valorado por los jóvenes, así como obtener droga y diversión.

Un espacio recreativo

La calle también representa para el niño un espacio de recreo, de ocio y de entretenimiento. Una parte importante de sus ingresos se obtiene para actividades recreativas: jugar maquinitas, ir a la feria o apostar en las cartas.

Luego echamos coto, jugamos, nos metemos al cine así, de barbas también, a ver películas, después nos vamos a Chapultepec y a la feria, y si no luego juntamos 25 varos y nos vamos a nadar. Aquí hay cotorreo, están los amigos. (Ulises, 14 años, zona de Niños Héroes).

Los viajes también forman parte de la diversión. Éstos suelen planearse unos días antes por varios miembros de un grupo que deciden salir de la capital para “tomar unas vacaciones”. En ciertas fechas, también puede tratarse de una estrategia para evadir las lluvias o evitar el frío. Sus destinos favoritos son las playas, siendo las de Acapulco o del estado de Veracruz las más cotizadas.

Este aspecto lúdico de la calle es uno de los principales elementos explicativos del rechazo que sienten por las instituciones, pues se contrapone al aburrimiento que experimentan en ellas:

Luego me la paso bien en la calle porque si me voy a una Casa Hogar me aburro y en la calle no, porque en la calle ando de aquí para acá... en la Casa Hogar no, nada más ando encerrado acá, todo los días. (Francisco, 17 años, zona de Niños Héroes).

Finalmente, la percepción de la calle como espacio de diversión suele surgir cuando el joven empieza a edificar relaciones de solidaridad y de apoyo integrándose a un grupo.

El grupo como estrategia de supervivencia

La función del grupo, en el caso de los niños y jóvenes de la calle, es principalmente utilitaria,⁵ pero también de identidad y pertenencia. Según varios autores,⁶ no existe líder fijo sino que éste varía según la actividad desarrollada. En esta lógica, no encontramos en los grupos una jerarquía estable o permanente sino una sujeta a las competencias individuales de cada niño: mientras que uno se destaca por desempeñarse mejor en el robo, por ejemplo, otro lo hace por ganar más dinero. En la zona de Niños Héroes, José Luis “el Pinocho”, de 14 años, es el más hábil en comprar droga en las vecindades de La Merced sin que lo detenga la policía:

‘El Pinocho’ es el que se la rifa más, ya se la sabe. Lo han arrestado con 20, 30 papeles y no se lo llevaron (David, 15 años, zona de Niños Héroes).

De esta forma, cada joven ejerce cierta influencia en un campo específico sin que ésta sea de carácter autoritario. Las competencias de cada uno tienen una función de protección y supervivencia para el grupo, no son explotadas para ejercer poder o establecer jerarquías. Si bien este tipo de estructura puede percibirse como una debilidad frente a conflictos internos o agresiones externas, no lo es en absoluto: los jóvenes se unen automáticamente frente a agresiones potenciales provenientes del exterior y regulan los problemas internos o las peleas tomando en cuenta la edad de los que se están enfrentando, el motivo de la pelea⁷ y la seguridad del grupo. Así, uno de los valores más importantes para los grupos es la solidaridad entre sus miembros. La multitud de expresiones y sinónimos presentes en el vocabulario de los jóvenes revela su importancia: “alivianar”, “hacer el paro”, “ser banda”, “carnal”, etc. La aprobación y el respeto a este valor permite a los jóvenes de una misma banda obtener protección y seguridad. En este sentido,

5. Contrariamente a las bandas juveniles o “gangs” donde los grupos tienen más una función de identidad.

6. Ricardo Lucchini, *Sociologie de la survie: l'enfant dans la rue*, Paris: Puf, 1996; Elvia Taracena y Ma. Luisa Tavera, “La fonction du groupe chez les enfants de la rue à Mexico”, Stéphane Tessier (comp.), *A la recherche des enfants des rues*, Paris: Karthala, 1998.

7. Taracena y Tavera, *op. cit.*, p. 72.

pertenecer a un grupo permite tener camaradas que se defiendan los unos a los otros, en el momento de enfrentamientos con policías, de conflictos con comerciantes o con el vecindario.

Por lo tanto, la constitución de grupos es primordial para sobrevivir en la calle. Los jóvenes que no están insertos en un grupo, que viven solos o sin territorio de referencia, son más vulnerables. Un niño o joven aislado no tiene identidad, es anónimo; está expuesto a más peligros pues es socialmente invisible. Sin embargo, observamos en la calle pocos jóvenes en esta situación ya que la inserción dentro de un grupo se hace de manera espontánea: los niños de la calle no son solamente solidarios con miembros de su grupo sino también con niños que se encuentran en su misma situación.

Ya de ahí conocí a dos otros chavos de calle. Los dos chavos los conocí porque los vi platicando y sucios, y me hablaron pero pensé que me iban a pegar, y no. Ya cuando fui me preguntaron '¿tienes casa?' y les digo 'no', y me dicen '¿vives en la calle?' y les digo 'sí'. Les pregunté '¿para dónde me puedo ir para otra estación del metro?' y me dicen 'pues métete así y así', y ya con ellos anduve y por eso empecé a andar en el metro (David)

8. Sobre las prácticas espaciales de los jóvenes ver artículo de la autora, "Niño/joven de la calle: ciudad e integración". *Ciudades*. Red Nacional de Investigación Urbana. Puebla, núm. 63, julio-septiembre 2004, pp. 38-42.

Finalmente, la apropiación de un espacio, su explotación y territorialización,⁸ permite fortalecer la cohesión del grupo y ejercer mayor control sobre el espacio y la gente que lo frecuenta, es decir, obtener aún mayor seguridad. Los grupos que no tienen lugar fijo dónde quedarse sufren más de frío, cansancio y enfrentamientos:

Antes nos quedábamos en un banco de Balderas, lo abríamos con una tarjeta de teléfono ..., teníamos así un montón de frío, íbamos temblando y traía yo la tarjeta de teléfono y que la meto al banco y que se abre y que nos metemos a dormir ahí y ya en la mañana que nos levantan los policías, ... nos metíamos al metro y ya en un vagón nos quedábamos todos durmiendo, nos íbamos una vez para allá, una vez para acá... hasta que nos bajaban ... y ya luego nos cambiamos de banco, así, todos los días. (David).

Modos de vivir la calle y socialización

De la misma manera, la apropiación del espacio y la constitución de grupos permite crear redes sociales con personas que viven, trabajan o frecuentan el espacio regularmente —comerciantes, vecinos de una colonia, pequeños traficantes de droga, vendedores ambulantes, indigentes, transeúntes, trabajadores— lo que conduce a los jóvenes a integrarse en la ciudad así como en un barrio en particular. Este proceso de socialización es llevado a cabo de manera diferente por cada joven y dentro de cada grupo y de este proceso depende que el niño o joven viva la calle de manera positiva o negativa.

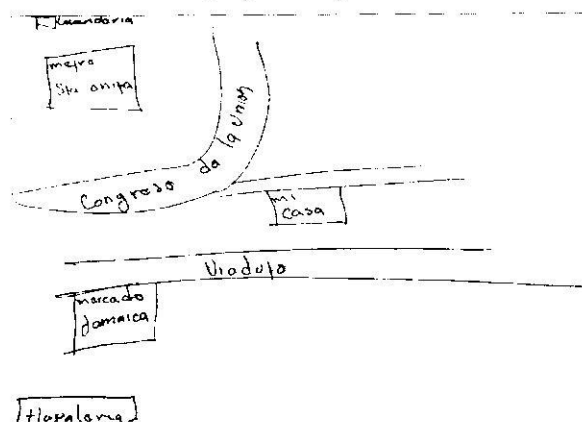
Para ilustrar esto último, analicemos dos mapas mentales, el de Alejandra de 21 años y de Liliana de 19 años. Aunque estas dos jóvenes vivían en el mismo baldío, Santa Anita, se relacionaban de manera muy distinta con el espacio, el grupo y las personas externas.

El mapa mental está aquí percibido como método complementario de análisis y comprensión de la cotidianidad de los jóvenes, de sus desplazamientos y de los espacios que explotan o que han territorializado. Es complementario en el sentido en que su interpretación no proporciona una visión completa del uso que los jóvenes hacen de su entorno, pero, completado por cuestionarios y entrevistas, nos aporta información adicional proporcionándonos pistas en cuanto a la comprensión de ciertas lógicas sociales y espaciales.

El primer mapa ha sido elaborado por Alejandra, que permanece a diario en el baldío, en un pequeño cuarto que comparte con un joven del grupo. Sale exclusivamente cuando requiere satisfacer alguna necesidad. En su mapa indica los únicos lugares a los que se traslada: el mercado de Jamaica, donde consigue dinero o comida; la tlapalería, donde compra una lata de “activo” (solvente industrial) cada tres días, y la lavandería, a donde lleva a lavar su ropa. Su vida en la calle se limita a estos tres movimientos, evita lo más que puede cualquier contacto externo. Para ella, salir

del baldío representa un gran esfuerzo, lo manifestaba periódicamente y se lee claramente en la carta: dos avenidas, Viaducto y Congreso de la Unión, la separan del mercado y de la tlapalería como si representaran obstáculos que superar. Por otra parte, evita pedir dinero lo cual califica de “una situación penosa” prefiriendo intercambiar servicios con los comerciantes del mercado de Jamaica. Además, es una de las únicas jóvenes que indica la casa de sus padres, aunque ésta no esté presente en su vida cotidiana ya que no los visita desde hace siete años. Aquí podemos ver cómo la calle ya no le ofrece nada positivo. Sin embargo, debido a su edad, no ha encontrado alternativas para salir de ella.

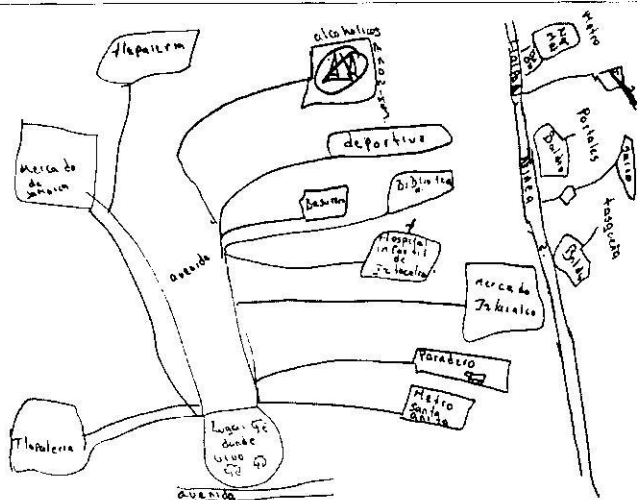
Mapa 1: Alejandra, 21 años



El segundo mapa ha sido elaborado por Liliana. Igual que Alejandra, indica dos avenidas pero aquí vemos que están dibujadas de una manera muy distinta: no parecen estorbar en sus desplazamientos por la ciudad. Por otra parte, dispone de muchos más recursos que Alejandra para sobrevivir en la calle: dos mercados a donde va a buscar comida, dos tlapalerías donde compra su droga, el metro y un paradero de autobuses donde pide dinero, el hospital para niños, que ayuda de forma gratuita a los niños en situación de calle (ella misma ha accedido a sus servicios ocultando su

verdadera edad), una biblioteca, una descarga de basura de donde recupera objetos que vende después, el deportivo, el grupo de Alcohólicos Anónimos y cuatro estaciones de metro donde no solamente vende inciensos y dulces sino que también va a visitar a otros grupos de jóvenes de la calle.

Mapa 2: Liliana, 19 años



En los dos mapas podemos analizar las representaciones cognitivas del espacio. Por una parte, las líneas dibujadas que son significativas de la fluidez de los desplazamientos de Liliana por la ciudad (mapa 2) o al contrario, la ausencia de líneas y la elaboración de avenidas desproporcionadas que revelan la dificultad de movimiento (mapa 1). Aquí, el espacio es percibido respectivamente como accesible o inaccesible, con una multitud de usos posibles o al contrario con un empleo restringido o limitado a la colonia.

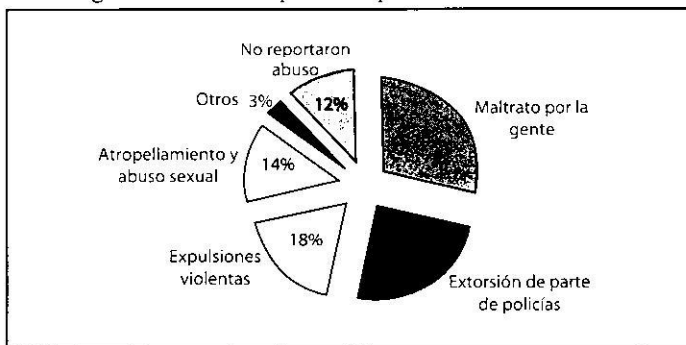
Así, Liliana ha desarrollado una red más amplia de relaciones que le permite mantener una relación positiva con la calle. Esto último no excluye el hecho de que también perciba la calle como un espacio violento en donde es víctima de golpes e intimidaciones. Según datos de la UNICEF, el 88% de los niños ha sufrido

maltratos y agresiones (figura 1), y según mis propios resultados de investigación, las representaciones negativas de la calle resultan para 52% de los jóvenes de la violencia que viven en ella. Sin embargo, a diferencia de Alejandra, Liliana ha sabido crear un equilibrio entre los aspectos negativos de la calle y sus aspectos positivos sacando un máximo provecho de su entorno.

La experiencia de la calle implica, sin duda alguna, riesgos importantes, pero no es constructiva o destructiva en sí; esto depende de lo que el niño ha vivido, de su estructura psíquica y de sus condiciones de vida. Para cada niño, la experiencia de la calle es particular y puede tener significaciones diferentes."

9. Elvia Taracena, "Enfants de la rue et enfants dans la rue à Mexico". *Lien social et politiques-RIAC*, núm. 34, otoño 1995, p. 103. La traducción es de la autora.

Figura 1: Abusos reportados por los niños de la calle



Fuente: UNICEF, 1996.

Por lo tanto, el modo de vivir la calle depende de varios factores como la edad del niño, el sexo, el tiempo que lleva viviendo en la calle, pero también las competencias que ha desarrollado para adaptarse a este espacio y la elaboración de estrategias que le permite responder a las exigencias que la calle le impone para sobrevivir. En esta línea de pensamiento, podemos identificar cuatro fases "callejeras" en la vida de niño o joven, que corresponden a diferentes percepciones y prácticas de la calle:

1. Fase de descubrimiento: la calle como espacio desconocido y poco explorado.
2. Fase de “enamoramiento”: la calle como espacio estimulante, creativo y recreativo.
3. Fase de decepción: la calle nociva y peligrosa.
4. Fase de equilibrio: la calle es ambigua y el niño aprende a crear un equilibrio entre sus aspectos positivos y negativos.

En la primera fase, el niño acaba de llegar a la calle y está desorientado. Ricardo Lucchini¹⁰ comenta que en un principio los niños desarrollan actividades económicas con las que suelen estar familiarizados: venta ambulante, limpiaparabrisas, etcétera. En la segunda fase descubre cosas positivas de la calle, la libertad, la diversión, conoce a nuevos compañeros, etc. En la tercera fase, descubre el lado negativo de la calle, los abusos, el hambre y el frío y toma conciencia de su vulnerabilidad. Por fin, en la cuarta fase establece estrategias de supervivencia que le permitirán enfrentar su vulnerabilidad. Establece un equilibrio entre los lados negativos y positivos de la calle y con el tiempo recurre a otras actividades y encuentra sus recursos en el robo, la mendicidad y la pertenencia a un grupo.

Quiero precisar que estas fases no siempre son cronológicas respecto al tiempo que el niño lleva en la calle, pues algunos tardan más que otros en integrarse a un grupo o descubren los aspectos negativos de la calle antes que los aspectos positivos. Cada niño tiene una trayectoria diferente que no nos permite generalizar. Sin embargo, podemos decir que los jóvenes que llevan cierto tiempo en la calle han pasado por estas fases, a excepción quizá de los que no se han integrado a grupo alguno.¹¹

Rechazo de las instituciones

En resumen, la calle representa un espacio ambivalente en el que alternan aspectos positivos y negativos. Es sinónimo de libertad, independencia, autonomía, pero

10. Ricardo Lucchini. *Enfant de la rue, identité, sociabilité, drogue*. Ginebra: Librairie Droz, 1993. pp. 135-148. Este autor no distingue estas cuatro fases pero sí cuatro categorías de edad: los niños de 5 a 8 años, los de 9 a 12 años, los de 13 a 15 y por fin los de 15 a 18 años. Sin embargo, nos parece que esta categorización no es funcional en la medida en que no todos los niños salen de su casa a la misma edad y por lo tanto no todos llegan a esas fases en un mismo tiempo.

11. La mayoría termina, sin embargo, por integrarse en un grupo o, si su situación de aislamiento dura mucho, por integrarse en una institución.

asimismo de frío y peligros permanentes. El espacio de la institución también es ambiguo. Por una parte, posee aspectos positivos relacionados con la satisfacción de las necesidades materiales de los jóvenes –sin tener a cambio que buscar los medios de satisfacerlas–, pero al mismo tiempo posee aspectos negativos relacionados generalmente con la presencia de figuras autoritarias y la privación de libertad. Mientras que las instituciones se consideran a sí mismas como lugares de respeto, de intercambio, de tolerancia y apertura, son principalmente percibidas por los jóvenes como lugares donde rige la norma, de obediencia, de subordinación y de imposición de límites.

No, no me gusta. Nunca he logrado quedarme en una institución porque me siento encarcelada, siento cómo alguien me está poniendo límites a mi vida, a mi forma de vestir, a mi forma de hablar de sentarme y todo. En la calle me siento libre... (Carmen, 22 años. Plaza Zarco)

La neta es que a veces no me latía la Casa Hogar, a veces me sentía encarcelado. Y por eso también me salía a la calle. En la calle tenía la libertad que no tenía en otros lados. (Leonardo).

La calle como lugar de socialización es diferente del modelo de socialización previsto por las instituciones, lo que lleva a un enfrentamiento entre los valores y modos de vida que quieren inculcarles las instituciones y los que son valorizados o adoptados por los jóvenes. Si bien las instituciones afirman que los jóvenes son actores capaces de tomar sus propias decisiones, es en la medida en que les inculcan nuevos valores, lo que les permitirá optar por una u otra alternativa. Finalmente, optan por la calle: mientras que en esta última pueden establecer un equilibrio satisfaciendo sus necesidades principales y adoptando modos de vida particulares para protegerse de agresiones o peligros potenciales, en las instituciones no pueden satisfacer sus anhelos de libertad y diversión. Como comenta el sociólogo Ricardo Lucchini,¹² la calle es una mezcla de atracción y repulsión. Sin embargo,

12. Cit. *supra*.

el arraigo del niño a ésta es demasiado fuerte para que decida salir de ella. La relación del niño con la calle es conflictiva, advierte el autor citado, pero permanece en ella porque sigue siendo una referencia positiva.

La institución como modo de vivir en la calle

Hemos visto cómo la supervivencia de los jóvenes en la calle depende de su habilidad para identificar recursos potenciales. En este contexto, los jóvenes aprenden a explotar las instituciones de igual manera que han aprendido a utilizar otros elementos o personas. Por lo tanto, el rechazo a las instituciones no es absoluto: como los objetivos alejados en el tiempo tienen muy poco valor para una población que busca mejorar sus condiciones de vida en lo cotidiano, las instituciones no son percibidas como una alternativa de vida a largo plazo sino como una manera de mejorar la calidad de vida en la calle a través del uso regular o esporádico de los servicios que ofrecen. Mientras que las instituciones tienen por objetivo una resocialización de los jóvenes, a través de su reinserción en diferentes redes sociales (la escuela, el trabajo, la familia), estas últimas están de cierta forma instrumentalizadas por los jóvenes.

El comportamiento de Diana de 22 años frente al programa Luna¹³ y el uso que hace durante tres meses consecutivos de esta institución confirma lo que acabamos de decir. A pesar de su búsqueda activa –aunque irregular– de alternativas a la calle, no percibe la institución como una manera de dejar la calle sino como un medio para obtener ciertos beneficios. Después de haber vivido siete años en la calle y tres en la cárcel, llega a la institución con “reales esperanzas de cambiar de vida”. Sin embargo, después de dos semanas empieza a frecuentar las zonas por donde vivía antes de llegar al reclusorio, reanuda la amistad con miembros de su antigua banda y renuncia a la institución. Después de 16 días, regresa a la institución y pide la autorización para quedarse. Sus explicaciones,

13. Datos colectados entre los meses de marzo a junio de 2001. El programa Luna de Casa Alianza trabajaba con niños y jóvenes seropositivos y aceptaba tanto menores como mayores de edad.

aunque vagas —dice haber sido agredida por chavos de una zona a los que debe dinero— son suficientes para convencer al educador de dejarla entrar. En la institución consigue dinero de un trabajador social novato a quien asegura que su vida está en riesgo si no logra reembolsar una deuda de 300 pesos. Retorna a la calle dos días después e ingresa a la institución 23 días más tarde, exigiendo ver a su psicólogo. Después de una semana regresa a la calle y vuelve luego de diez días para atenderse una infección vaginal. Una vez resuelto el problema, se vuelve a salir y reingresa veinte días después a la institución porque “ya está cansada de vivir en la calle”.

En el curso de tres meses, Diana ha entrado y salido de la institución cuatro veces. Consecutivamente su objetivo fue obtener de la institución lo que no pudo conseguir en la calle: seguridad, dinero, ayuda psicológica y ayuda médica. En este caso, la institución es percibida como un recurso cuando la calle no permite a los jóvenes satisfacer una necesidad inmediata.

A continuación se presentan algunos datos relevantes, que registré en un periodo de tres meses en el programa Luna. En la tabla siguiente se aprecian las entradas y salidas de cuatro jóvenes de la calle y el motivo de la entrada a la institución, revelado generalmente por las actividades que realizaron durante su estancia. Las actividades subrayadas son las que estaban previstas por la institución.

Entradas y salidas de cuatro jóvenes de la calle al programa Luna, de marzo a mayo de 2001

	Noé (16 años)	Patricia (18 años)	Daniel (17 años)	David (14 años)
Entrada 1	2 de marzo	27 de febrero	4 de marzo	7 de marzo
Salida	2 de marzo	28 de febrero	6 de marzo	10 de marzo
Motivo	Cita con el psicólogo	Terapia individual	Lavar la ropa	Pedir ropa nueva
Entrada 2	11 de marzo	12 de marzo	15 de marzo	2 de abril
Salida	12 de marzo	12 de marzo	15 de marzo	15 de abril
Motivo	Bañarse, comer, conseguir ropa	Pedir medicamentos	Terapia de grupo	Pedir medicamentos
Entrada 3	15 de marzo	28 de marzo	30 de marzo	29 de marzo
Salida	15 de marzo	28 de marzo	3 de abril	29 de marzo
Motivo	Terapia de grupo	Hablar con el psicólogo	Bañarse, comer, lavar la ropa	Cita con el psicólogo
Entrada 4	18 de marzo	19 de abril	13 de abril	27 de abril
Salida	18 de marzo	21 de abril	30 de abril	8 de mayo
Motivo	Terapia individual	Curar una herida	"Descansar"	Pedir medicamentos
Entrada 5	27 de marzo	28 de abril	6 de mayo	15 de mayo
Salida	29 de marzo	28 de abril	6 de mayo	17 de mayo
Motivo	Recuperar objetos personales	Terapia individual	Hablar con su psicólogo	Bañarse, comer, lavar la ropa
Entrada 6	17 de abril	10 de mayo	16 de mayo	
Salida	29 de abril	10 de mayo	17 de mayo	
Motivo	"Descansar"	Terapia individual	Bañarse, comer, lavar la ropa	
Entrada 7	15 de mayo	10 de mayo		
Salida	22 de mayo	10 de mayo		
Motivo	Escapar de una redada	Escapar de una redada		

De veinticinco entradas, 18 lo fueron por motivos ajenos a los establecidos por la institución. Tratándose aquí de un grupo de jóvenes que regularmente recurría a la prostitución para sobrevivir en la calle, su objetivo principal era acceder a las instalaciones del programa para su aseo personal y/o resolver problemas relacionados con la práctica de la prostitución, por lo general curarse de una enfermedad genital. En los dos casos, a saber el ingreso espontáneo o la cita anticipada, los jóvenes buscan sacar provecho de la situación: por una parte buscan obtener un beneficio material o un apoyo moral y, por otra parte, asegurarse la posibilidad de un retorno a la institución. "Cuando el niño deja el programa, corre el riesgo de ya no ser admitido ... Pero quiere asegurarse la posibilidad de un retorno".¹⁴

El joven sabe que imperativamente debe estar presente en todas las citas si quiere facilitar su ingreso. Es consciente de que con el tiempo se le irán cerrando las puertas:

Como yo estaba morro pues cualquier gente me recogía o me cuidaba... ya se me hacía fácil ... pero con el tiempo, tanto como se me hacía fácil salirme de la casa e irme a cualquier baldío, también iba perdiendo oportunidades en la Casa Hogar, ¿no? (Leonardo).

En cuanto a las instituciones, la asistencia puntual del joven es muestra significativa de su aspiración a una vida diferente, y el carácter perseverante de sus visitas representa una expectativa al cambio. Aunque el personal de estas instituciones reconozcan las intenciones reales de los jóvenes, van a privilegiar los elementos que consideran positivos —la asistencia asidua a las terapias— a pesar de los elementos negativos —el uso de la institución para propósitos opuestos a los objetivos establecidos por ésta—. Para las instituciones, la reintegración es un proceso largo y se debe ser paciente e indulgente.

14. Lucchini, *op. cit.*, p. 48. La traducción es de la autora.

No se esperen buenos resultados en poco tiempo y no sientan frustración alguna si piensan que los niños no prestan atención a sus esfuerzos. Necesitan tiempo antes de decidir lo que es mejor para ellos ... Poco a poco las cosas evolucionarán y el educador empezará a percibir un resultado¹⁵

Sin embargo, ciertas instituciones han establecido un límite a las entradas y salidas de los jóvenes y ya no llegan a aceptar algunos de ellos.

Luego ahí fuimos a varios paseos pero ahí la empezamos a agarrar de hotel, nada más entrábamos, comíamos, nos bañábamos y nos salíamos, por eso ya no nos dejan entrar ahorita, porque dicen que nada más estamos jugando. Que ahí es nada más para que vayas y participes y quieras salir de la droga. (David).

Así, las entradas y salidas forman parte de una rutina. Las instituciones son parte integrante del universo de la calle, no son un elemento independiente de este universo sobre el cual los jóvenes no tendrían ninguna influencia. Por lo tanto, las utilizan como una estrategia suplementaria para vivir en la calle, explotándolas de manera diferente a la que había sido originalmente prevista.

A modo de conclusión

El análisis de las competencias y aprendizajes que los niños y jóvenes han adquirido en la calle y que les ha permitido sobrevivir a un medio hostil caracterizado por las difíciles condiciones de vida que impone, nos explica la atracción que experimentan por este espacio y la repulsión que sienten por las instituciones. Mientras que para las instituciones la calle significa un obstáculo para la educación del niño, para el niño representa un aprendizaje de vida y en la mayoría de los casos es sinónimo de libertad y autonomía. Los jóvenes valoran la calle porque les permite obtener tanto gratificaciones materiales como simbólicas. Su relación con la calle es positiva en la medida en que no son sujetos pasivos

15. Bureau International Catholique de l'Enfance (BICE). *L'exploitation sexuelle des enfants: Analyse du problème, des solutions courageuses*. París: Fayard, 1991, p. 85. La traducción es de la autora.

sometidos a su entorno sino actores capaces de intervenir en su medio. Con el tiempo han establecido rutinas y redes de solidaridad, disponen de espacios de vida más o menos privatizados, sus ingresos son lo suficientemente constantes y atractivos como para garantizar la satisfacción de sus necesidades y controlan hasta cierto punto su entorno. Por estas razones valoran la experiencia que han adquirido en la calle, experiencia reconocida y respetada por sus compañeros.

Mira, es que el niño de la calle, el que ha vivido una vida como yo, el que ha viajado en el tren, el que ha sufrido frío, el que se ha caído ... , esas aventuras nadie, te apuesto que nadie en el mundo se las ha aventado más que yo. ... También ha habido sufrimientos ... pero agarras una experiencia que desde tus raíces están bien firmes, así es un niño de la calle (José Antonio, 24 años, fundación Renacimiento).